

SID 403

EL CUENTO  
DE  
LA POESÍA  
LA POESÍA  
DEL  
CUENTO



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.  
EDUCACIÓN

Secretaría de Educación



GOBIERNO DE LA CIUDAD

SFD  
403

EL CUENTO  
DE  
LA POESIA  
LA POESIA  
DEL  
CUENTO



1944

Editorial

BOG

1944

Editorial



1944

Editorial

EL CUENTO  
DE  
LA POESÍA  
LA POESÍA  
DEL  
CUENTO



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.  
EDUCACIÓN

Secretaría de Educación



GOBIERNO DE LA CIUDAD



CASA DE LA SALSA

**SAMUEL MORENO ROJAS**  
**ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ D.C.**

**ABEL RODRÍGUEZ CÉSPEDES**  
**SECRETARIO DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO**

**JAIME AUGUSTO NARANJO RODRÍGUEZ**  
**SUBSECRETARIO ACADÉMICO**

**CECILIA RINCÓN BERDUGO**  
**DIRECTORA DE EVALUACIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO**

**MARIA TERESA GUTIÉRREZ GÓMEZ**  
**SUBDIRECTORA DE FORMACIÓN DE EDUCADORES (A)**

**VIRGINIA TORRES MONTOYA**  
**SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS**

**EQUIPO DE APOYO**

**ROBERTO PUENTES**  
**NUBIA YOLANDA PINZÓN RIAÑO**

ISBN: 978-958-8312-59-0  
SELLO EDITORIAL SECRETARIA DE  
EDUCACION DISTRITAL (958-8312)

El presente documento fue realizado por la Fundación Casa de Poesía Silva y contratado el 27 de Junio de 2007 por la SED, presidida por el Doctor Francisco Aurelio Cajiao Restrepo.

Con su publicación la actual administración da cumplimiento a los términos establecidos en el contrato referido.

## Maestros que participaron en este libro

Maestro	Colegio	Módulo	Tallerista
Janeth Neira	Misael Pastrana Borrero	Módulo 1	Álvaro Miranda
Sonia Rubiano	Ciudad Bolívar	Módulo 1	Álvaro Miranda
Yolanda Molano	Fernando Mazuera	Módulo 1	Álvaro Miranda
Ana Lucía Martínez C.	Villas del Progreso	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Blanca Inés Espitia	Antonio Villavicencio	Módulo 2	Celedonio Orjuela
Edwin Carrión	Los Alpes	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Paola Cárdenas	Rural Pasquilla	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Elizabeth Díaz Vargas	Tom Adams	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Rosa Tulia Carvajal	Los Alpes	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Ruby Puerto	La Candelaria	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Wilson Güiza	Francisco de Paula Santander	Módulo 1	Celedonio Orjuela
Carmen Julia Sainca	San Bernardino	Módulo 2	Guillermo Linero
María Inés Moreno	Entre Nubes Sur Oriental	Módulo 2 Módulo 2	Guillermo Linero Guillermo Linero
Nancy Pérez	Tejares	Módulo 1	Guillermo Linero
Oswaldo Karo Amaya	Nicolás Esguerra	Módulo 1	Guillermo Linero
Yalile Beatriz Guzmán	Marco Antonio Carreño	Módulo 1	Luisa Espina
Mireya Castañeda	Misael Pastrana Borrero	Módulo 2	Luisa Espina
Amanda Baquero	Nueva Constitución	Módulo 2	Luisa Espina
Cristina Rodríguez	Ismael Perdomo	Módulo 1	Luisa Espina
Jenny Lozano	Misael Pastrana Borrero	Módulo 2	Manuel Pachón
Guillermo Palencia	La Amistad	Módulo 2	Manuel Pachón
Jenny Martínez	Villa Dindalito	Módulo 2	Rafael del Castillo
Andrés Sepúlveda	Tomás Rueda Vargas	Módulo 2	Rafael del Castillo
Bertha Álvarez Londoño	Santa Inés	Módulo 1	Rafael del Castillo
Dora Delgado Caballero	José Félix Restrepo	Módulo 1	Rafael del Castillo
Fernando A Lizarazo	Hunzá	Módulo 2	Rafael del Castillo
Gloria Sicuamía	Monte Blanco	Módulo 2	Rafael del Castillo
Irma Gómez Bautista	Santa Inés	Módulo 1	Rafael del Castillo
Luz Mary Barrero	Nicolás Esguerra	Módulo 2	Rafael del Castillo
Nelcy Mercado Mejía	Esnaico	Módulo 2	Rafael del Castillo
Oswaldo Karo Amaya	Nicolás Esguerra	Módulo 2	Rafael del Castillo
Hermel Norberto		Módulo 2	Rafael del Castillo
Barrero Cogua	Hunzá	Módulo 2	Rafael del Castillo
Fanny Nonzoque P	Instituto Técnico Industrial Piloto	Módulo 2	Rafael del Castillo
Carlos Arturo Becerra	Nuevo San Andrés de los Altos	Módulo 2	Rafael del Castillo

## Contenido

Maestros que participaron en este libro .....	5
<b>Introducción: Acerca de la multiplicación de los peces</b>	
<i>Roberto Puentes</i> .....	11
<b>Palabra Vital</b>	
<i>Guillermo Linero Montes</i> .....	13
<b>La poesía en los talleres</b> .....	19
Condición finita	
<i>Ruby Puerto</i> .....	21
La ausencia juega plácidamente	
<i>Jenny Lozano</i> .....	22
Las paredes también hablan	
<i>Amanda Baquero</i> .....	23
Encuentros	
<i>Wilson Güiza</i> .....	25
Lluvia de Noviembre	
<i>Ana Lucía Martínez Correa</i> .....	26
S.O.S.	
<i>Paola Cárdenas</i> .....	26
Eran mías...	
<i>Blanca Inés Espitia Neira</i> .....	27
Lluvia	
<i>Yalile Beatriz Guzmán Bohórquez</i> .....	28
A través del viento	
<i>Carmen Julia Sainea P.</i> .....	28
Soledad	
<i>María Inés Moreno Verdugo</i> .....	29
Por las rendijas del tiempo	
<i>Oswaldo Karo Amaya</i> .....	29
Humildad	
<i>Libia E. Bayona</i> .....	30

Haikú	
<i>Elizabeth Díaz Vargas</i> .....	30
Batalla	
<i>Andrés Sepúlveda Duarte</i> .....	31
El encuentro	
<i>Bertha Álvarez Londoño</i> .....	32
Mi soledad <sup>o</sup>	
<i>Fernando Lizarazo Hernández</i> .....	33
Vocación	
<i>Gloria Sicuamia</i> .....	33
Incertidumbre	
<i>Luz Mary Barrero</i> .....	34
La mamá de Fanny	
<i>Nelcy Mercedes Mejía Sanabria</i> .....	37
Nostalgia: El niño del palo de mango	
<i>Oswaldo Karo Amaya</i> .....	38
Viento morboso	
<i>Jenny Martínez</i> .....	38
A la azotea de la casa	
<i>Fanny Nonzoque</i> .....	38
Poesía	
<i>Hermel Norberto Barrero</i> .....	39
Seguir muriendo	
<i>Carlos Arturo Becerra Ruiz</i> .....	39
<b>Puro cuento</b> .....	41
Casa del sur	
<i>Sonia Rubiano</i> .....	43
Su primera vez	
<i>Mireya Castañeda</i> .....	44
De amores y de espantos	
<i>Cristina Rodríguez</i> .....	44
Por hoy, he sido rescatado del absurdo, la soledad y el miedo	
<i>Rosa T. Carvajal Olivos</i> .....	47

Yo	
<i>Jeaneth Neira Valero</i> .....	50
Mis zapatos	
<i>Yolanda Molano Rodríguez</i> .....	51
El exilio de la Gorgona	
<i>Edwin Fernando Carrión</i> .....	51
Jonaventura	
<i>Paola Cárdenas</i> .....	52
Subiendo como escritores errantes	
<i>Nancy Pérez</i> .....	53
Punto de apoyo	
<i>Libia E. Bayona</i> .....	55
Testigos mudos	
<i>Elizabeth Díaz Vargas</i> .....	57
La niña que no reía	
<i>Dora Delgado Caballero</i> .....	58
El olvido	
<i>Fernando A Lizarazo Hernández</i> .....	61
Cómo se vive en la escuela	
<i>Gloria Sicuamía</i> .....	64
La casa embrujada	
<i>Irma Gómez Bautista</i> .....	65
El rebusque de los sueños	
<i>Luz Mary Barrero</i> .....	70
Destino final	
<i>Guillermo Enrique Palencia Mendoza</i> .....	72

## Acerca de la multiplicación de los peces

Uno de nuestros niños, que visitaba el pabellón de la Secretaría de Educación de Bogotá, en la XX Feria Internacional del Libro, se encontró de repente con uno de los profesores que también asistía al evento, y lo miró desde su metro de estatura y le preguntó con el pecho henchido de orgullo, digamos, de tu a tu: ¿A usted también le están exponiendo su libro en la feria señor?

Sin duda el diálogo lo podemos multiplicar por cientos, con similares palabras y similares protagonistas, que ocurrieron antes, en y después de la Feria. Uno nota en el aire de la ciudad y particularmente en la escuela que hoy discurre un auténtico acento especial por la lectura y la escritura, que los directivos y los maestros saben de la importancia transversal de ellas y las incluyen en los diseños y desarrollos curriculares, en estrategias que, como el PILE, el diseño y elaboración de los libros que vimos en la Feria y los cientos de poemas y cuentos que llegaron para participar del primer concurso «¿Y tú qué sabes de Bogotá?», y que se alistan para participar en el segundo concurso de cuento y poesías en homenaje esta vez a María Mercedes Carranza, son lideradas con todo entusiasmo y profesionalismo por parte de los maestros y maestras que en su gran mayoría participaron de los talleres de creación literaria en cuento y poesía en la Casa de Poesía Silva, siendo el resultado más de 1.200 poemas y cuentos llegados al primer concurso y con seguridad que fruto de ese tesón de los maestros y los talleristas de la Casa Silva, la calidad y cantidad de cuentos y poemas será generoso también para el segundo concurso.

Ese buena multiplicación de «peces» es y era el objetivo de los talleres, y como hemos visto, el trabajo y compromiso de los maestros y maestras no ha sido inferior, como siempre.

Queremos desde la Secretaría de Educación del Distrito, felicitar y alentar a todos los maestros y maestras que tomaron parte de los talleres y muy especialmente a los trabajos aquí publicados con dulce honor.

Así, como un fruto feliz y fresco, presentamos el libro de cuentos y poemas de nuestras maestras y maestros, homenaje genuino a nuestra querida Bogotá en su año especial de Capital Mundial del Libro y a la calidad de la educación por medio de la lectura y la escritura.

¡Salud!

*Roberto Puentes Q.*

Subdirección de Medios Educativos  
Secretaría de Educación del Distrito

Que la literatura sea reductible a una enseñanza escolar es una verdad ambigua; pero que la literatura esté compuesta de específicas características, como lo son las normas de composición y los rasgos cognitivos comunes, es una verdad tajante. Al primer entendimiento, nada desacertado, le debemos que la literatura parezca no poder enseñarse y con ello que sus asuntos sean receptados sólo en su calidad de subjetivos y de unipersonales. Frente a esto, la comunidad de educadores que profesa la literatura en los colegios, no ha hecho otra cosa que declararla *zona vedada*, convirtiéndola así, más que en *objeto de estudio*, en *objeto de no-comprensión*, y por ende, imposible de contraer y manipular bajo los presupuestos pragmáticos de la educación formal.

En contraste, y en correspondencia con el segundo entendimiento, la función de los talleres de literatura —que son cursos donde se espera aprender a hacer, o mejor, a crear en términos de producción artística— consiste, al margen de los procesos académicos, en el examen de cuanto compone objetivamente la pieza literaria, y en la observación de lo que en ella es susceptible de comprobación y réplica. Justamente, esa función es la que la Casa de Poesía Silva viene cumpliendo, como lo testimonia este libro de evaluación, al multiplicar, por intermedio de escritores acreditados, dichos esquemas o modelos de aplicación creativa.

Consecuente con lo anterior, y de manera aislada e independiente, la Casa de Poesía Silva dio inicio, a partir de la década del 90, a la misión de sortear dichos criterios de

exclusión. Desde entonces ha programado talleres con la proficiente idea de transmitir a los profesores de español, y a los de áreas afines, tales entendimientos. Tras ese cometido ha privilegiado el estudio de las particularidades formales de la actividad literaria -*el hacer*, que es facultad de los creadores-, antes que los razonamientos dados a la historiografía, a la crítica especializada o a las teorías literarias -*el pensar*, que es de la incumbencia de críticos y teóricos-. Y lo ha hecho, por supuesto, desde la voz y el pensamiento de los mismos creadores; pero, sobre todo, buscando que dichos conocimientos se profesen entre los estudiantes, más allá de que quieran ser, o lo sean, escritores de oficio.

Que los talleres literarios configuren modelos de aplicación escolar, significa la concreción de una ambición que hasta nuestros días había sido de carácter utópico: la democratización del conocimiento de las prácticas de creación. Hoy, por fortuna, eso es realizable. En efecto, el interés tangible de los talleres de la Casa de Poesía Silva, más que apuntar a la formación de escritores, dirige sus utilidades a quienes deben tener una mínima cultura literaria, es decir, a todos. Para ello, a partir de una elemental carta de navegación (nociones breves sobre cada uno de los estratos básicos de la poesía y de la narrativa), los escritores que dirigieron los talleres aquí sintetizados (Alberto Rodríguez Tosca, Juan Manuel Roca, Rafael del Castillo, Alvaro Miranda, Celedonio Orjuela, Armando Orozco, Rafael Chaparro y Luisa Fernanda Espinas)-, desarrollaron sus particulares inventivas adscritos irrestrictamente a sus propias coordenadas, como puede apreciarse en cada uno de los textos que soportan el libro.

No obstante, es claro que toda actividad creativa, susceptible de definición, está supeditada a una tradición

irrenunciable que, implícitamente (para los inadvertidos) o explícitamente (para los advertidos), tiene carácter de uso, como son las opciones de un lenguaje, la afinidad estética a las maneras de una época, la fidelidad compositiva a una tendencia determinada y, entre tantos criterios de conjunción artística, la insalvable condición de existir en un tiempo cercado por preocupaciones cognitivas puntuales. En tal sentido, de una o de otra manera, querámoslo o no, cada propuesta contiene formulaciones comunes al espacio de la creación literaria universal, y el lector encontrará en ellas recursos pertenecientes a poetas y a movimientos literarios tan estructuralmente definidos que parecieran reproducirse, advertida o inadvertidamente, igual a un fractal.

Empero, hay muchos que se preguntan: «¿Cómo es posible que el ejercicio de la literatura, siendo el resultado de una vocación y de un talento singulares, pueda transmitirse cerebral y objetivamente, si tenemos por cierto que su método de creación comprende elementos tan subjetivos como misteriosos?». Y no basta ser concienzudos para deducir que tienen razón, pues los conceptos de «inspiración», de «ingenio» y de cuanto conlleva el desenvolvimiento unipersonal de nuestra «capacidad imaginativa», parecieran avisarnos que su condición de intangibles les imposibilita la conversión en métodos de creación lógicos, o en procesos utilitaristas de reproducción de textos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que las prácticas de creación, desarrolladas en los talleres literarios, se llevan a cabo en un único y riguroso ámbito: el de las estructuras definibles. De manera que al interior suyo, podemos decirlo con plena certeza, se comete realmente el cincuenta por ciento de las acciones del hacer artístico, pues

la otra exacta mitad, se sabe y no hay discusión sobre ello, es responsabilidad de la voluntad creativa unipersonal, si acaso no es designio de la providencia. De tal suerte que ningún taller, o más exactamente, ningún escritor tallerista, puede esbozar nociones definitivas acerca de cómo establecer -para la intuición, para las percepciones sensoriales, y para el deseo que desprendido de la voluntad conlleva la disposición de hacer arte-, esquemas facilitadores de la construcción, por ejemplo, de un poema.

Así las cosas, si hay una condición para acceder a la creación por medio de las ventajas que da la experiencia de un taller literario, es que exista la natural simbiosis entre *poder*, *querer* y *hacer*, y los talleres literarios, por su parte y por esencia, carecen de nociones acerca de cómo despertar, en términos de espiritualidad, el *poder* creativo; tampoco pueden intervenir en la voluntad de cada practicante con el objetivo de que estos *quieran*, con espontánea voluntad, escribir tal o cual poema; pero sí pueden, y ese debe ser su querer, orientar a cuantos participan de sus experiencias para el *hacer*, facilitando la creación de textos como cabalmente reclama la lógica del oficio.

Los textos aquí reunidos, poemas y narraciones, fueron producidos por profesores de escuelas y colegios, como resultado de las actividades de taller que, bajo el auspicio de la Secretaría de Educación del Distrito, se realizaron en la Casa de Poesía Silva durante el año 2007. Y aunque no constituyen una antología de piezas totalmente acabadas, ya que editar y pulir no cuentan en el apremio de la dinámica de los talleres, si tienen la ingravidez propia de las obras concebidas con preconocimiento y espontánea plenitud.

## La poesía en los talleres

## Condición finita

¿A qué Dios te acoges?  
cuando arde tu boca y  
devora tu orgullo  
y eres capaz de irte  
por el camino de la noche sin nombre.

¿A qué Dios te acoges?

## IX

Altas llamas como rayos  
Me surcan, me atraviesan  
De mi boca a mi boca  
Altas llamas  
Exigen consumirse.

*Ruby Puerto*

## La ausencia juega plácidamente

Parece divertido  
Cada quien asume sus funciones

Empieza el juego  
Los objetos entristecen  
Hace falta tu sonrisa  
La mirada fugaz  
La caricia al medio día  
El desprecio

Hacen falta  
Las reglas

Para este  
Interminable juego

Es posible que alguien más  
Quiera hacer parte de él.

*Jenny Lozano*

### **Las paredes también hablan**

Las paredes tienen oídos:  
es lo único que dicen de nosotros  
no notan que también tenemos ojos y boca  
que nos encantan los ricos olores  
el chocolate que nos unta un pequeño travieso  
el suave contacto de las pieles que nos rozan  
y los rasguños de los lápices en manos de los niños  
las uñas nerviosas de aquellos que nos hurgan  
y el golpe de aquel que está inconforme  
el contacto del que en mí descansa  
el reflejo del sol que atraviesa por la ventana  
y las sombras de la luna proyectadas.

Las paredes también hablamos:  
hablamos a los oídos sordos  
a los seres sin razón y con razón  
hablamos a quienes nos ven y a quienes pasan,  
hablamos a quienes nos quieren escuchar  
pero no nos pueden oír  
hablamos a quienes estorban  
y al que se protege a nuestra sombra  
hablamos de día  
hablamos de noche  
hablamos aquí y hablamos allá

hablamos quedo  
hablamos fuerte  
hablamos atropelladamente  
y hablamos con calma,  
hablamos, hablamos, hablamos y hablamos.

Hablamos con razón o sin ella  
hablamos a él y hablamos a ellas  
hablamos en el pasado  
y lo hacemos en el presente  
hablamos, hablamos, hablamos y hablamos  
sin embargo no nos escuchan porque parecemos ausentes.

*Amanda Baquero*

## **Encuentros**

Solos los dos, el mismo pan  
una mirada en la oscuridad  
y el contacto.  
Choque entre dos o más  
cuya acción es encontrarse,  
solo comparable con el topetazo entre animales.

Contradicción, pugna, lance del billar  
en que se consigue una carambola por retruque o tas tas.  
Juntura, articulación, axila, ingle, corva,  
desde una cita hasta una emboscada,  
recepciones, anticipar, esto es encuentro.

A simple vista parece ya definido  
pero para el encuentro de dos adonis, de dos esculturas,  
de dos obras consentidas de dios,

de dos seres pertenecientes a la máxima y más bella  
creación de la naturaleza,  
se han creado ceremonias para su contacto;  
la etiqueta, buffet, smoking, estraples, limosina, gomina,  
buen aliento,  
fragancias, buen gusto, elegancia, Mozart, Chopin.

El encuentro y la etiqueta antes arte, hoy ciencia  
Nos lleva al cómo, al como decir  
sin temor a equivocarnos,  
sin temor a dar mala impresión.

Esta ceremonia nos da la seguridad  
De decir ¡Hola!, ¿Cómo estás?,  
¿Qué hay?, ¿Tos qué, todo bien?  
La inclinación, encuentros a este y o este  
¿Quiubo?

Uno no debería inclinarse ante nadie, ante nada.  
¡Yo sólo me inclino ante dios! Clama la beata,  
pero mientras más se inclina menos alcanza,  
su fiebre reumática no se lo permite.

Sudor, gérmenes, ¿sabe usted donde están  
sus manos en estos momentos?,  
tienes niños tienes bacterias,  
tienes manos pero no tienes armas.  
Poséeme dice ella, poséeme dice él.  
Dame dedito somos primitos,  
Dame tu mano somos hermanos,  
Dame la oreja, toma pendeja.

Ahondando en el ritual del saludo  
encontramos expresiones ingenuas  
y con mucha cautela.

¡Hola!, ¿Cómo estás?, que tal de salud,  
qué has hecho y tu familia ¿bien? y  
¿su madre?, y ¿ya se curó esa venérea?,  
¿ya salió su papá de la cárcel?, ¿logró quedar embarazada?,  
¿le sirvió el potem sex? y así por el estilo.

Pero voy por la calle con las manos entre las guevas,  
pateando latas, observando alrededor.

Pero un momento, ahí viene quien me interesa,  
¿Quién es?, ¿Quién soy?, ¿Cómo debo ser?,  
¿Qué quiero ser?, ¿Qué quiere ella que yo sea?

Hoy no quiero saludar a nadie  
Pero me toca, es tan aburrido,  
siempre lo mismo; que como estas,  
que si has visto a no se quien...  
Por eso aquí, no tengo amigos.

*Wilson Güiza*

## **Lluvia de Noviembre**

Llegaste  
No eras más que moléculas dispersas  
Bailando confusamente en la atmósfera  
No tenías rumbo, ni por qué existir

Te tomé  
Junté ese caos con mis manos  
Me transformé en torno.  
Y fuiste música

Te vas  
Terminada está mi labor

Y deseas partir.  
A lo lejos te esperan ricas tierras  
Nuevos rostros sedientos de ti

Volverás  
Cuando te hayan tomado  
Abandonado y menospreciado  
Para que nuevamente seas guijarro  
Colmado de vida en mis manos  
Y te vuelvas a ir.

*Ana Lucía Martínez Correa*

S.O.S.

Hace tanto tiempo morí,  
que ya no recuerdo la última vez que estuve viva.

¿Quién pagará un salve  
por mi cuerpo insepulto y mi alma divagante?  
¿Quién se conmovirá ante este cuerpo  
hermoso y completo, carente de esencia y luz?  
¿Quién extrañará mis sonrisas  
antes fuente de alegría en desiertos de tristeza?  
¿Quién sentirá pena por mi vida marchita?

Intenté recoger los capullos mientras pude,  
pero la flor que ayer sonrió  
hoy ya ha expirado.

*Paola Cárdenas*

## Eran mías...

Jugueteaba con el cuento  
jugueteaba con la historia,  
para ver con cual quedaba,  
me quedé con la mía...  
sin saber como lo hacía.

Fluían las palabras  
sin pensar si las vivía,  
divagaba... solo escribía,  
las palabras eran mías  
sin saber... solo eran mías.

Sin darme cuenta entendí  
que era fácil escribir,  
¿Con sentido? .... yo no se  
pero era eso lo que hacía,  
el escrito lo escribía.

*Blanca Inés Espitia Neira*

## Lluvia

Luz como  
rayo trepidante  
en una noche oscura  
inalcanzable

Tiempo de espejos  
a los tersos rostros  
les llega el estío

Alguien se practica

la cirugía plástica  
para eternizar  
la juventud

La huella del tiempo  
es implacable\*  
como el sol sobre la piel.

*Yalile Beatriz Guzmán Bohórquez*

### **A través del viento**

La dura mano que escribe  
sobre los jirones del aire  
somete y funde la nada.

Sobre la transparencia  
/de su fino mantel  
tú, tus ojos, verían la  
/apasionada carta  
que el celoso viento agita  
y que ahora te dice poco o nada.

Así te presentí,  
/a través del viento.

*Carmen Julia Sainea P.*

### **Soledad**

La penumbra avanza  
El amor perpetuo  
Como la gota de agua nos envuelve

En concéntricas ráfagas  
Y tu mirada se pierde en la inmensidad.

Esos sonidos que habitan la espesura  
Cómplices nos cobijan  
Pero el eco nos sobresalta  
Y lo etéreo se va.

*María Inés Moreno Verdugo*

**Por las rendijas del tiempo**

2

En el horizonte **En el horizonte**  
un rojo sol  
un revuelo de nubes grises  
y un centenar de aves  
de mal agüero

Rostros perdidos miran  
el futuro incierto  
de la nave que partió

¿Quién va en esa nave?

En las partidas  
no solo parten  
los que se van  
También  
parten los que se quedan

*Oswaldo Karo Amaya*

## Humildad

La grandeza del arroyo  
Se inclina  
Ante el murmullo del riachuelo

*Libia E. Bayona*

## Haikú

Cuero transformado  
alas del caminante  
desisten ser de la tierra desatados

*Elizabeth Díaz Vargas*

## Batalla

Batalla sí, de dónde, de quién  
aquí o allá.

Batalla sí, en la que se gana  
pero también se pierde.  
Quién pierde. Quién gana  
de todas formas pierde.

Batalla sí, ahora o ha dos siglos,  
o mañana acaso.

Batalla sí, de quienes contra quienes  
de quienes contra quién

el los enemigos enemigo  
uno unos caen cae  
alguien cae, pierde...

Batalla...sí. Bombas expropiadoras:  
del árbol sus hojas  
de la gotera sus canales  
de la casa sus dueños  
de los sueños los niños  
de la tranquilidad el nido  
de la certidumbre lo indefinido.

Batalla sí, conmemoradora en las heridas  
que al sentirlas sangran  
que al pensarlas duelen,  
con el dolor lento  
de la memoria costra fresca.

Batalla sí, que a lo inesperado aboca  
empuja y retiene, sobre el abismo  
barranco arenoso que de la vida  
sus raudales carcome.

Batalla sí, que a Boyacá gloria dio  
y en póstuma reminiscencia  
el calor del llano exalta,  
mientras sus escombros permanecen...

*Andrés Sepúlveda Duarte*

## El encuentro

Llega con su cansancio resignado  
escucha de lejos las frases indirectas

pero, tan directas que encienden el ánimo,  
el encuentro contra el grupo empieza temprano  
uno-cero, y con un tanto indirecto.

Cuántas tardes ilusionado,  
imaginando discursos que conmovieran o  
movieran los aletargados espíritus,  
pero siempre terminan en un encuentro  
en el que todos llevan el tácito marcador.

«El profe, con toda la plata que tiene,  
no debió haber madrugado tanto,» dice uno  
preparando el disparo desde media distancia.  
«Si tuviera toda la plata que piensan,  
no estaría aquí nadando contra la corriente.»

Todo el público callado y expectante,  
el regocijo del empate, al menos a su favor  
pero surgió del fondo del campo un inesperado tiro:  
porqué, entonces, no nos enseñas a nadar?  
noventa minutos después, sintió el frío de la derrota.

*Bertha Álvarez Londoño*

### **Mi soledad**

Oh mi soledad,  
eres como la compañera  
que siempre espera mi regreso;  
con diligencia, sonriente,  
siempre dispuesta.

Soledad,  
que delirio es compartir contigo;

aunque nos envuelva el frío.

Soledad,  
que permanente eres,  
presente, inmediata, desnuda,  
a veces cruel,  
a veces cálida.

Oh mi soledad,  
ojalá no me esperes.

*Fernando Lizarazo Hernández*

### **Vocación**

Sigiloso, ese es el corre corre,  
De quien vive de un salario  
Euforia siente al llegar/ al salir,  
Al tropezar con miradas lacerantes  
Son otros los que esperan  
Impávidos sus enseñanzas,  
O quizás no esperen  
Nada.

Inextinguible es su vocación  
Pone a pensar finamente  
Pensamientos vienen,  
Pensamientos van  
Sueña, recrea el mundo y la palabra  
Abriga su existir.

*Gloria Sicuamía*

## **Incertidumbre**

Hemos vagado por míseros rincones  
adivinando causas,  
motivos  
intenciones.

Interrogando al silencio  
palpando entre los agujeros del frío  
o preguntando al oído al viento,  
espiando a la luna y las estrellas.

Hemos buscado entre las aguas una pista,  
debajo de cada palabra,  
reconstruyendo beso a beso,  
con la tibieza de cada caricia  
mas

lo inescrutable

¿acaso está en nosotros?

*Luz Mary Barrero*

## **La mama de Fanny**

Señora, señora, que muy temprano  
En la circunvalar prende el asador  
La carne no aparece, aparece un tinto

Saludando al frío mañanero.

El rumor del viento golpeante  
Trae mensajes monseguadalupescos

«Buenos días, Buenos días dice  
sonriente y arrogante

Mi piel de gallina contesta con movimiento de cabeza  
«Bue...buenos días»

Miro hacia los cerros ancestrales  
Al otro lado de la vía  
La mamá de Fanny conversa animadamente  
Con un calido tinto entre tus manos.

Quiero hacer parte de la conversación  
Cruzo la avenida  
Allí está con una sonrisa la mamá de Fanny  
«Profe, profe Buenos días, ¿Le provoca un tinto?»  
Si señora, muchas gracias.

Con actitud meditabunda ruedan remolinos de palabras  
Que me visitan en ese momento  
Asador, carne, tinto, chicha, situación  
Cuadernos, uniformes, educación.

La mamá de Fanny con sus manos de alfarera  
Atiende a los transeúntes, en la esquina del encuentro,  
Es la esquina del aroma de vida colombiana  
al calor del asador.

Estudiantes, padres, vigilantes y algún o algunos profesores  
que buscamos el placer del encuentro en la calle  
el encuentro con la vida, dejando de lado la cafetería  
para no ser testigos mudos del montón de islas e islotes,

Chicha, la representación del sol de los ancestros  
Se sienta intempestivamente  
¿Si quiere que me vaya?, No, me voy a ir.  
Decido tener un dialogo con esta diosa y la mamá de Fanny.

-Señora, señora la vi por televisión  
¿El señor la dejó vender la chicha?  
-No, se quedó viviendo en las canecas  
Y visitando a mis vecinos.

-Mis esperanzas estaban en mi chicha  
El señor en Reyes no dejó venderla no tengo plata  
Para el estudio de mis chicas  
Solo por tinto me toca reemplazarla.

En ese momento aparece la rubia  
-El modernismo quiere hoy desaparecerme  
Pero no me voy a ir  
Yo estoy primero, que aquel cálido tinto  
Y aparezco por todos estos barrios.

Aunque me digan que estoy contra la ley  
A muchas fiestas he sido invitada  
Me gusta cuando me acarician las personas  
trayéndome como amigo el dulce de la vida.

Desde el momento que los granos de oro  
El labriego los riega por la tierra  
germino y crezco  
Hasta el momento transformante en radiografía del dios  
sol.

Los labriegos alistan una por una las radiografías  
Y muy pronto me transforman en el elixir de la vida,  
El elixir pasa por La Perseverancia, Egipto, Rocío,  
Germania....  
Y aquí estoy presente dialogando con mi gente.

¡Qué dicha! que la mamá Fanny así no la dejen  
Exhibirme y sacarme a la luz pública  
Permite que siga siendo su mejor huésped  
Y ayudo para la educación de sus retoños.

Y con mi amigo el café  
No estoy peleando, lo felicito, que usted ha tenido suerte

De que no le prohíban estar en estos lares  
Sigue compartiendo, ¡Pues usted es bienvenido!

La mamá de Fanny sigue con su oficio  
todos los días ahí en esa esquina  
Pasan, meses, años, y ahí está ella  
Luchando, luchando ahí está ella.

*Nelcy Mercedes Mejía Sanabria*

**Nostalgia: El niño del palo de mango**

1

Gotea el sol de mi infancia  
en la herida abierta

La voz de la ciudad  
acalla el llanto del mar  
en mi pesadilla

Los ojos salpicados de pasado  
se congelan tras el recuerdo

El niño anhela  
el palo de mango  
desparramado de versos

2

Mi nostalgia de piedraMi nostalgia de piedra  
trae la letra del canario **trae la letra del canario**

Su voz suena amarilla  
en la claridad de la idea

Y cae

por un agujero abierto en la ciudad

*Oswaldo Karo Amaya*

### Viento morboso

El párpado de mi falda  
le hizo un guiño al día.

Las hojas corrieron,  
reunidas más adelante  
se llenaron de sol.

Mis piernas se quedaron  
en tus ojos  
y se me cayó la pena.

*Jenny Martínez*

A la azotea de la casa  
Caen en la noche  
Las preguntas de los hombres,  
La mujer que lee el tarot  
No lee tu poesía.  
No intenta las respuestas  
Cuando se calienta  
Frente a la pira de libros.

*Fanny Nonzoque*

## Poesía

Se me estallan  
las palabras en las manos

Cuando esto sucede  
y está lloviendo  
mi mano se convierte  
en vasija  
donde los duendes guardan  
los tesoros  
que dan nacimiento al arco iris

*Hermel Norberto Barrero*

## Seguir muriendo

Estoy aquí en el ya  
es el comienzo del en adelante  
es el final del antes  
Rumiando lo vivido  
intuyo el por vivir  
Rífo el desencanto de este instante  
Me deslumbra lo impreciso  
del ahora  
mas soy yo la imprecisión  
Si todo es sombra  
o aguda idea  
si sobra instinto  
¡brille la luz para éstas mentes!

*Carlos Arturo Becerra Ruiz*

Una vez más  
una historia

## Puro cuento

**Casa del sur**  
**Sonia Rubiano**

Aún hoy los buses que vienen desde el Centro me traen hasta la puerta central del Cementerio del Sur. Recorro la callecita destapada de entonces, que conectaba la quietud del Campo Santo, con el ulular agitado de unos pocos niños que caminaban hacia la escuela, y las prisas de mujeres y hombres angustiados de lograr su lugar en la apretada colmena de los buses, para llegar cumplidamente a sus trabajos. Todos ellos vuelven a mí.

Mis pasos me conducen de nuevo frente al gran portón bautizado con el 27-29 y mi olfato reconoce alborozado y nostálgico, el olor de los maderos, la humedad de los tablones, sobrevivientes fieles dentro del gigantesco taller de carpintería que me recibe al cruzar el umbral amado, tejido también por las manos de mi padre en vetusta madera, en aquellos días tempranos de mi niñez.

El rumor conocido de alguna sierra, y los crespos de madera que siempre se pegan a mis ansiosas botas, le hacen eco a la cadencia de mis expectantes pasos; pequeñas hondas de un polvo fino me envuelven con su música, y tratan en vano de evitar mi caída en ese limbo... Me siento arrojada abruptamente al laberinto de los temidos gritos de mi padre, ordenando a sus obreros: «Bajar la cola de la estufa que se está botando». «Empezar a prensar las puertas de triples». «Ahora huevón, que nos cogió el día».

Vuelven a mí las manos angustiadas y diligentes de los obreros, agitándose en el viento... sus rostros se esconden de la mirada centelleante de cólera de mi padre. También ellos le temían, conocían las descargas tempestuosas que sus frases cortadas...

Mi pulso se acelera. Lleno hoy mis pulmones de aire y tranquilizo mi pecho colocando sobre él mi mano abierta, y sonrío al saber que ahora sí estoy a salvo.

Suena bajo mi mano la vieja verja que separó el taller, del más bello jardín interior de una casa palaciega que mis ojos de niña recorrieron: ayer premiado con colores mil, de pensamientos, rayitos de sol, begonias, enredaderas...fiesta de verdes y rojos y amarillos y arco iris, y lucecitas mágicas que me abrazaron en su oasis y que hoy yacen bajo capas y capas de aserrín mohoso, oxidado por el tiempo.

La vieja escalera de cemento y el barandal metálico me llevan a la segunda planta. Sólo el ruido del tablado devuelve a mis pasos lo que queda de los pisos de madera acuñados en obsesión por las neuras de mi padre, encerados en angustias por mi madre, custodiados en celo muchas noches por nuestros asustados pasos, y gracias a Dios, también, cajas de música para nuestras risas y gambetas de azarosa infancia.

### **Su primera vez**

#### ***Mireya Castañeda***

Era repugnante, bochornoso y patético verla allí, colgada, en el centro de aquel recinto elegantemente dispuesto para el placer de deleitar el apetito. Ella lucía un color amarillo bilioso. Los comensales estupefactos, impotentes ante aquella imagen. Él, en su primer almuerzo de negocios sin querer la había conducido a su destino fatal: ¡la lujosa corbata nueva atrapada en el plato de ajíaco!

### **De amores y de espantos**

#### ***Cristina Rodríguez***

Eran los años 50 cuando aquel terreno baldío se convirtió en nuestro hogar. Llegamos una mañana de abril, acompañados apenas de un par de maletas; Virginia y Eduardo apenas

caminaban y Leonor –mi esposa- los tomaba de la mano. Ni siquiera soñábamos que muchos años después tendríamos el más extenso de los linajes.

Poco a poco construí mi casa (ahora se ve pequeña, pero en aquellos tiempos era amplia y espaciosa). Primero me ocupé de la cocina, con el fogón de leña y pequeñas gavetas de madera, donde Leonor colocaría el símfín de condimentos e ingredientes diversos para preparar las más fabulosas recetas. Dejé un espacio al aire libre, sólo cubierto por unas cuantas tejas, para ubicar allí el comedor, pues las tardes calurosas no serían amigas de los almuerzos a puerta cerrada. Después del comedor construí tres habitaciones consecutivas, comunicadas por un corredor. A la habitación del medio le dejé una puerta, con la secreta intención de facilitar la salida al huerto –la otra pasión de mi Leonor. Al final del pasillo, nuestra alcoba, con camas separadas como era la costumbre, y mi baúl, donde sagradamente se guardarían las cuentas de la casa y el registro detallado de las compras, gastos y nacimientos. Alrededor de la casa estaban el huerto, el corral de las gallinas, un pequeño cultivo de maíz, las vacas y una que otra planta foránea que se coló en nuestra propiedad.

Los años pasaron apacibles, entre el alboroto de un nuevo nacimiento y las ventiscas vespertinas que refrescaban la casa.

Un mediodía de agosto, cuando el sol estaba en lo más alto, la tranquilidad se vio opacada por el doloroso grito de Leonor, luego se escuchó el crujir de un jarrón al estrellarse con el suelo, corrí en su ayuda lo más rápido que pude. Al llegar a la cocina mi mujer estaba tendida en el suelo, temblorosa y apenas consciente. Sin saber qué hacer la tomé en mis brazos y la llevé a la habitación –pensando tal vez en reconfortarla con la suavidad de su lecho. Envié a uno de los niños a buscar a la vecina – conocedora de toda clase de hierbas y reconocida por curar males del cuerpo y del alma. Después de un rato – que a mí me pareció una eternidad- llegaron. Ella era una

mujer corta de estatura, pero extensa en edad, sólo le dio un vistazo a Leonor y su cabeza se movió de lado a lado, diciendo con sus gestos que ese día sería funesto para mi compañera de largas travesías.

La mujer me llevó al cuarto contiguo, y con voz tenue me dijo que se acercaban cosas terribles, me preguntó si yo era valiente, tan valiente como para enfrentar la muerte, yo le respondí airado que sí, le pregunté qué cosa debía hacer, y ella, bajando aún más el tono de su voz, me explicó que en pocas horas un animal nocturno llegaría a reclamar el alma de mi Leonor. Pensé en las habladurías de la gente, decían que cuando cantaba la lechuza en el lecho de un enfermo, éste irremediablemente moriría... La vieja me sacó de mis cavilaciones al agarrarme la mano de forma impetuosa, y dijo silenciosa pero firme que sólo había una forma de arrebatarla de las garras del destino. Debía esperar oculto la llegada de la lechuza, escucharla cantar tres veces, y al finalizar el canto, saltarle encima, meterla en un costal y llevarla al cementerio del pueblo.

Actué tal como lo describió la mujer, a mitad de la noche me hallaba en la puerta del cementerio, el lugar era vigilado por un hombre alto con sombrero, y a sus pies un perro dormía. Si la escena no era ya lo suficientemente sombría, se acentuó cuando miré de reojo las tumbas que se encontraban a espaldas del hombre, y vi que sobre cada una de ellas, una pequeña llamita bailaba suspendida a algunos milímetros de las lápidas. Creo que el temor se vio reflejado en mi rostro, pues con voz de trueno el hombre dijo: Son las almas de los muertos que descansan.

Recordé de nuevo a mi Leonor postrada y la misión que me llevaba allí, me torné serio y guardé mis temores bajo llave. Después de retomar fuerzas el asunto pareció más bien fácil, sólo le propuse un trato al hombre de la entrada. Le propuse intercambiar el mensajero en el costal por el alma de mi Leonor. No sé si mi valentía, mi fingida cara de malo, o el susto que me salía por los poros lo convenció, y me entregó un pañuelito

blanco finamente doblado, advirtió que lo colocara bajo la almohada de Leonor. Acto seguido recogió el costal y entró en sus dominios, a donde yo no estaba dispuesto a acompañarlo. Mas rápido de lo que llegué me devolví a la casa, nuevamente seguí las instrucciones, y al sacar la mano de la almohada, Leonor soltó un largo y reconfortante suspiro. Supe entonces que la había salvado.

Mi Leonor exhaló el último aliento una mañana de agosto, al resplandor de sus noventa y tantos años, feliz de ver a sus 14 hijos y sus 58 nietos crecer. Yo iría a buscarla años más tarde, después de ordenar cuidadosamente el baúl y entregar a cada uno de nuestros hijos la respectiva herencia.

**Por hoy, he sido rescatado del absurdo, la soledad y el miedo**

*Rosa T. Carvajal Olivos*

El calor, el sopor, lo inundaban todo; un sueño y un sopor pesaban en el ambiente. Algunos pensaban por dónde se podía sacar la mosca negra y grande que volaba soezmente, describiendo círculos caprichosos, cada vez más chicos, dando una sensación de asfixia; el cuerpo empezaba a cansarse, a doblarse, el calor hacía como curvar, la espalda y extender las piernas. ¿Dónde estas?

Un cartel de colores colgaba del tablero con una clasificación interminable de nombres rarísimos que no se me antojaban concordantes con que se tuviera dos alas, cuatro alas, tres alas, Etc., las palabras coleópteros, ortópteros, arquípteros, neurópteros, isópteros, himenópteros, lepidópteros, dípteros, no me decían mucho, me cansé de leer, no logré distraerme... Empieza a desesperarme el color gris, el blanco, y el negro, me asfixia la falta de aire, mi cuerpo no parece necesitar que se introduzca el aire en mi; pero es que el aire esta viciado, esta sucio y caliente y sobre todo esta

totalmente impregnado del vulgo, de lo cotidiano, de lo prehecho, de lo preestablecido, de lo estándar.

Definitivamente faltas tu; como una posibilidad de abolir la pesadez, como una oportunidad de que el viento en lugar de venir de fuera tratando de entrar por el agujero, se genere aquí, entre tu y yo y se extienda hacia fuera, engrandecido y veraz, como creciendo cada instante más y más...

— Haga un esfuerzo por concentrarse, por poner atención, me repitió mecánicamente el otro día la sicóloga del colegio, esa es la fórmula mágica que se les da a los desatentos como yo, a los despistados; y cuánta atención he puesto hoy en la carencia de valor de los detalles mas mínimos cuando tu no estas, y si no llegas para comentar conmigo en el descanso la nota que te dejé ayer?... creo que no aguantaré hasta mañana, Consuelo no esta hoy y no tengo a nadie más que se pueda hacer pasar por amiga tuya y te llame, para que te permitan pasar y hablar contigo esos mínimos momentos en clave que son existentes, maravillosos, me esfuerzo por hablarte como en forma de telegrama, con astucia trato de organizar las frases más dicientes y a la vez menos comprometedoras, por si alguien escucha y tu, con que naturalidad que te expresas, como si nada; no se te nota la angustia ni el afán...

Las paredes se alargan, se oscurecen, se hacen como más espesas y fuertes y me parece que se ajustan y tienden a asfixiarme... He visto en tus ojos la tibieza y por ello se que existen cosas diferentes a este sopor, a este perder el tiempo, a esta especie de encierro, a estas caras largas y adustas, totalmente ausente s e inexpresivas, frías... cuando rozamos nuestras manos por azar aquella tarde, mis sentidos conocieron una nueva dimensión

Poco, el encallecimiento de grosor áspero y rugoso fue tornándose un tejido nuevo, limpio, una piel que apenas rozaba por vez primera el verde de la vegetación, las gotas de lluvia; igual proceso sufrió todo mi ser...

Ha pasado el tiempo y el calor aumenta, ahora la maestra aúlla y grita, en ocasiones parece una actriz de teatro recitando un parlamento griego de desgarró y dolor, pero mediocrementé hecho... Otras veces suena tonta y hueca, repite incoherencias, retazos, fragmentos mal citados de otros; parece un ser triste, juicioso y sobre todo absurdo, en extremo absurdo, cuando la miro su fisonomía es dura, su presencia es poco armónica y artística y su voz es ruidosa, casi chillona... Ella tiene en sus manos la «verdad revelada», posee la supuesta cordura, la supuesta experiencia, la supuesta «autoridad», para decidir lo que es importante y lo que no lo es; ella conoce lo que esta bien y lo que no lo esta; ella sabe lo que se debe hacer y lo que no... ¿Qué sabe ella de mí, de mi desazón en este instante interminable?

Lo que ella sabe es tan solo desde su punto de vista, desde su mundo absurdo y sórdido, desde su incoherencia, desde su tristeza y su incomprensión; desde su empeño en continuar un trabajo que no ama, que no tiene sentido, que la sujeta y la asfixia, igual que a mí.

Aún no llegas y empiezo a preocuparme porque la hoja se me esta acabando y si no puedo escribir sobre lo que siento, me pondré nervioso y aburrido, inquieto y no podré soportar ese sopor, esta soledad, esta enorme cantidad de seres ausentes y fríos... No sé cómo puedo concentrarme en escribir y a la vez fijar mi mirada para aparentar que estoy poniendo atención y que me interesa muchísimo ese tema extraño y ajeno a mí, a lo que quiero, a lo que me es significativo...

Algunas veces cuando se acerca a mí la maestra, me asusto y creo que tomará mi hoja y me ridiculizará en público, desnudará mis sentimientos y en una voz hueca y hierrosa mis palabras sonarán soeces y procaces, incluso sucias; ahora que hablo de proteger, olvidé sobre la mesita los últimos bocetos que dibujé anoche en donde logré un extraordinario juego de sombras después de tantos y tantos intentos fallidos; pero estoy muy satisfecho con lo que he logrado, el problema ahora

es saber cómo reproducirlos en un tamaño mucho mayor, creo en verdad que el impacto que produce verlo en una escala mucho más grande es espectacular... Este no lo traeré para mostrarlo y manosearlo por todos, seguiré investigando hasta poder dibujar una serie como la que he soñado; el problema es que, estoy seguro que mi mamá, fanática del orden, recogerá todos los «mamarrachos» como ella dice y los votará a la basura, pero como ya hemos llegado al acuerdo de que no desocupare la cesta de basura, me tocará rescatarlos de allí, desarrugarlos y pasarlos de nuevo y oír su acostumbrada cantaleta: «si pusieras el mismo empeño y dedicación a las sociales, que es la materia en la que peor vas...»

Antes de que entres te percibo, tu olor se difunde, vuelvo la cabeza y estas tu... me tranquilizo, me siento seguro, mi pulmón empieza a necesitar el aire, el aire limpio, la vida, el sentido... en adelante las palabras sonarán más lejanas y no me incomodarán tanto ni me ocasionarán molestia y desazón... me llenan tu tibieza y tu mirar tranquilo; al encontrarse nuestras miradas, el azul lo inundó todo y por este mínimo ratito, mi vida se llenó de color y de tibieza, por hoy he sido rescatado del absurdo, la soledad y el miedo...

0.....

**Yo**

***Jeaneth Neira Valero***

Yo, Pureza Guerrero, nacida en el Lucero Alto, veinticinco años de experiencia ejerciendo la prostitución; nunca pensé que aquella madrugada frente al cuarto de turno, aquel que me alquilaba los jueves Ramiro, pagando por adelantado, encontraría la muerte a manos de Enrique mi más fiel cliente y con quien podría sostenerlo, tuve mis mejores polvos...

Yo, Enrique Díaz, acido en Carmen de Bolívar dedicado al rebusque, fleteador, atracador de taxis y demás, habituado a

la muerte, desde que la conocí por primera vez en mi pueblo tras el asesinato de mi familia, nunca pensé que arrebatarme la vida a Pureza pudiese convertirse en esta eterna pesadilla.

### Mis zapatos

*Yolanda Molano Rodríguez*

¡Cuánto los aprecio! A pesar de tanta remontas, todavía me llevan y me traen, viajan conmigo de día y de noche; ¡ay pobre de ellos! Saber que aguantaron semejante rumba del pasado viernes en homenaje al rector, y que por culpa de ellos, ayer Eulalia me reclamo porque dejé grabado como huella de su existencia, un horrendo taconazo que le produjo tremendo dolor, además de un color morado, azul o violeta, el caso es que según mi compañera, aquel tremendo hematoma le impidió irse de compras el fin de semana, pues no hubo chagualo alguno que se ajustara a la hinchazón; le sugerí árnica, vinagre y no sé cuántos menjunjes más para aliviar tan ingrato turupe causado por mis adorables zapatos.

### El exilio de la Gorgona

*Edwin Fernando Carrión*

#### I

No existe lugar tan atroz como este. Soledad y agonía son compañeras de la nada, hermanas del olvido. Terrible condena es habitar este lugar por siglos y siglos. El mar rodea el acantilado con la suficiente vehemencia para devorar cualquier navío sin importar lo poderoso que éste fuere, mientras el cielo es un manto tan oscuro como mi alma.

Ni siquiera mis manos serán salvadoras brindándome la muerte porque hasta el derecho a morir me lo han arrebatado. Me quedan vagos recuerdos de un pasado..., sombras que

alguna vez dibujaron la tersura de la piel, ecos que alguna vez cortaron el silencio.

—¡Sacrificaría este despojo de vida por sentir de nuevo la presencia humana. Son muy pocos los que han llegado pero han perecido!

## II

—¡No me mires por favor, no quiero dañarte!

El destino ofrece un bello instante a mi trágica existencia. Felicidad efímera ante el dolor eterno. Ha llegado un hombre que ha roto la soledad con su cálida imagen. Por fin un vástago de alegría...

—¡Ten los ojos cerrados, pero déjame tocarte!

Mis grotescas manos acariciaban su piel como sucias zarpas rozando el terciopelo. Sentí que la belleza de su rostro mitigó la tempestad de los cielos y la crueldad de los mares. Sus finos atuendos debieron ser zurcidos por los sastres del Olimpo, o a lo menos por Penélope. Aquel hombre abrazado por el candor obligó a mi cuerpo a postrarse ante sus pies.

De repente escuché el sonido producido por una espada al ser desenvainada. El brazo que sostuvo la espada convirtió esta felicidad fugaz en momentos de perplejidad y asombro. Luego una voz retumbó en cada rincón del acantilado diciendo: -¡Muere!

Los tiempos venideros recordarán al valeroso Perseo, quien a pesar de arriesgar su vida En una sangrienta lucha, dio muerte a la terrible y espantosa Medusa...

**Jonaventura**

**Paola Cárdenas**

¿Qué estaría haciendo o pensando el inquieto Jonás para terminar en el interior de una ballena?

De seguro, en alguna ocasión supo que su maestro caminaría por las aguas y el muy iluso creyó que podía robar la autoría material si lo intentaba antes.

Caminó hacia al mar y después de cerrar los ojos, experimentó el súbito ascenso de la gracia de dios en su cuerpo. De repente, sintió que la divina gracia entraba por su nariz y por su boca, lo poseía...lo ahogaba.

Afortunadamente para el estúpido Jonás, una bondadosa ballena, lo salvó de perecer en la gracia de dios.

### **Subiendo como escritores errantes**

*Nancy Pérez*

La primera vez que la vi me pareció gigante y enmarcaba lo más alto de la colina. Sus paredes estaban pintadas de blanco y en la parte de afuera aparecía una cancha de basket ball nunca usada para tales fines, pues estaba ocupada con arena y ladrillos, alrededor los matorrales le daban apariencia de casa familiar.

Rita era el nombre de la profesora más gritona, gorda y de más edad, ella siempre estaba con los niños grandes; Jaime era el niño más necio, brusco y mocososo que hubiera conocido. Me empujaba cada vez que podía, razón que me obligaba a correr y huir de él siempre que intentaba acercarse. Mi maleta gris con mis cuadernos adentro era una compañía inseparable, su olor me devolvía a casa.

Todas las mañanas Rita y las demás profesoras recorrían las calles encabezando un tumulto de niños, los cuales se encargaban de tocar las puertas de las casas de los alumnos y anunciar la hora de irse a estudiar; yo sabía el momento de colgarme mi maleta, pues al tiempo que llegaba ese batallón ruidoso a mi puerta por el radio iniciaba «La escuelita de doña Rita».

En el patio de atrás los matorrales estaban llenos de frutos redondos de muchos colores, los niños decían que era

el alimento preferido de las culebras y yo me sentaba inmóvil durante los descansos para descubrir si alguna de ellas se acercaba a comer, nunca vi alguna, pero las imaginaba felices devorando un collar de colores.

Cuando llegábamos hasta la cima de la colina, encontrábamos una viejita vestida de negro con un canasto, vendiendo manojos de mamoncillos pálidos e insípidos que según los niños eran hechos con babas de vaca, nunca pude comer ninguno a pesar de que con frecuencia los compraba. Me cansaba de buscar el huequito por donde metían las babas de vaca.

La mayoría de niños subía a Cuestablanca con los cuadernos abiertos sobre las manos y escribían sobre ellos. Rápidamente, mi hermana y yo nos unimos al grupo de escritores errantes, de tal forma, que aunque las tareas estaban hechas inventábamos algo para no perder la costumbre. Al principio el camino se hacía difícil, pues era algo empinado y mi maleta ladeaba mi cuerpo por su peso, tamaño y largor; sin contar que se arrastraba sobre el piso produciendo un ruido peculiar que hizo característico mi llegada.

Para llegar a mi salón, tenía que atravesar toda la escuela, eran dos salones, pero se convertía en un camino interminable, pues me separaba irremediablemente de mi hermana. Lloré durante varios días, sólo me aferraba a mi maleta, mi cartilla y mis cuadernos.

Para mi alegría, al final las maestras decidieron dejarme con mi hermana y yo terminé en primero adelantado con niños más grandes. Esa alegría, creo que no la compartía mi hermana pues me convertí en una adherencia sin tregua que limitaba sus juegos y la charla con sus amigas, para mí no era difícil contar con lujo de detalles todo lo que ocurría en la escuela. Mi profesora casi nunca revisaba mis trabajos, algunas veces se acercaba y me colocaba planas. Durante muchos días sólo hojeaba la cartilla Charry y grababa en mi memoria a dos gitanitos recién casados que bailaban sobre un puente durante su viaje a Roma, las caras de angustia de dos monjes tomando

avena en un tazón de madera o la figura de un árabe metido de cabeza entre una tinaja buscando aceitunas.

Al abrir mi libro, me saludaban dos niños leyendo, nunca conocí sus caras, aunque intentaba por todos los medios conocerla, luego, en las dos páginas siguientes las letras bailaban con grandes bocas sonrientes y algunas se agarraban de las manos. Este era un libro diferente a los demás, además su pasta azul me llenaba de luz.

Al llegar a casa, mi hermana escribía en un gran tablero verde las palabras que mi mamá le dictaba, mientras tanto yo observaba y hojeaba la cartilla. Cuando llegó el día del examen para ingresar al colegio de monjas me desterraron del aula más hermosa que haya imaginado, los juguetes estaban por todos lados, había sillas de mi tamaño y de muchos colores, pero lo mejor de todo, tenía dos patios. Al finalizar esa mañana me enviaron al salón oscuro de mi hermana, porque tristemente, ya sabía leer.

### **Punto de apoyo**

*Libia E. Bayona*

Mi primera clase, como maestra, transcurrió entre dobleces para tratar de darle forma a un cuadrado. Al final resultó un gato o un perro, nunca supimos que era. Pero descubrí que mi vida transcurriría entre risas y algarabía de niños.

En la normal día a día agregaban kilos de afecto hacia una profesión que sobrelleva la bandera del futuro. La religión aumentaba esa responsabilidad, hasta convertirla en juicio de salvación: «Ser mala o buen maestra». La teoría pedagógica y psicológica complementaba esta ambivalencia con esquemas y juicios de verdad.

Mis primeras maestras, las recuerdo inamovibles en sus escritorios, pero de alguna forma abarcaban el espacio del aula y me proveían de una seguridad diferente. Una, en especial

provocaba risas de complicidad con sus lecturas pausadas del «Lazarillo de Tormes». Yo prefería escuchar, antes que herir la tela con mi aguja. Imaginaba nuevos mundos, personas con ropas multicolores y ella con su mirada me llamaba constantemente a continuar con mi tarea de llenar esa tela blanca con letras de colores. El día de mi graduación, no sé, si por accidente o azar ella se encontraba allí, sólo me invitó a continuar algo que había iniciado en su clase de costura. Nunca la volví a ver, pero en mi memoria resuena su voz plácida y pausada leyendo las locas aventuras del lazarillo.

Cuando inició la erupción de mis pechos, una mujer de hábitos religiosos sacudió mi existencia con una sospecha que nunca había sentido; descubrió que existía como diferencia en un grupo de 45 alumnas. No sé que la llevó a fijarse en mí, creo que mi falta de juicio y sobrecarga de energía. Miraba mis trabajos, esculcaba mi alma y cuestionaba mis expresiones.

Ella siempre estaba en su sitio, su vestido era claro e impecable, su tono de voz suave, enfática y su mirada perdida. Nunca intentó acercarse, pero siempre me observaba y recordaba mi presencia en relación con las demás. Al volver de vacaciones, no estaba, había abandonado sus hábitos para volver a su ciudad, en busca de algo perdido.

Al crecer descubrí otras formas de vivir; el colorido, la extravagancia y la sinceridad eran estrellas guías de una maestra de literatura que marcó mi forma de ver el mundo a través de la duda. Ella jugaba constantemente a pronosticar el futuro de sus alumnas. Hoy, descubro que en la mayoría de sus anunciaciones acertó. Conmigo, siempre fue laberíntica y difusa. A unos meses de graduarme me condenó a ser «gítana», las razones fueron pocas pero contundentes: mi pasión, mi temor y el color indefinido de mis ojos. «Nadie que mire el mundo con un color así, puede vivir bajo el tormento de la normalidad», me dijo en voz baja, cuando se despidió. Hace unos años me enteré que había muerto, al principio me invadió la tristeza, hoy siento

un profundo agradecimiento pues ella nos señaló la posibilidad del goce corporal y espiritual, como un acto simultáneo.

Ella corrió el telón del miedo, al sentir la felicidad, cuando confesó su insatisfacción hacia su esposo y el profundo deseo de recobrar un nuevo amor; con el segundo impugnó el respeto por García Márquez al leernos en tono sagrado los textos de Borges, «Todo debe cuestionarse», expresaba al tiempo que sonreía frente a las miradas escandalizadas de las monjas. Despojó sin ningún temor la infalible felicidad del matrimonio y la supremacía del Nóbel colombiano. Después de conocerla, la aventura fue un nuevo norte en mi vida, pues descubrí en la irreverencia y en la extravagancia un filón de esperanza.

En contraste con ella, una anciana soltera y aliada de la gramática, nos develó la imagen del amor eterno entremezclada entre la sombra gris de la muerte, con la lectura de «María». Lloré tres noches seguidas bajo las cobijas, al recordar el corte de las trenzas hechas por Efraín al cadáver de María y su galope perdido en la llanura.

Cada vez que vuelvo mis ojos hacia atrás, reconozco en cada una de ellas un punto de apoyo para continuar, pero sobretodo descubro la posibilidad de ser un filón de esperanza para los niños que hoy fijan su mirada en mí.

### Testigos mudos

*Elizabeth Díaz Vargas*

En una triste mañana de invierno, muy temprano llegaron hasta la plazoleta de Colsubsidio un hombre y una mujer, ambos de edad avanzada, con la esperanza de ver abiertas muy pronto las puertas del centro médico para que un especialista lograra calmar el fuerte dolor de cabeza que hacía ya tres días atormentaba al anciano y ahora se había hecho más intenso.

Sin importar el frío y la persistente llovizna, la anciana esposa conmovida, animosa y con el propósito de distraer y encubrir aquel dolor, lo invita a caminar alrededor de una pequeña fuente que hay allí; mientras proponía a su viejito recordar los exuberantes chorros de agua que en otras fuentes bogotanas se elevaban como si pretendieran tocar el cielo azul y transparente para luego regresar a la pila en forma de lluvia y salpicando la cara de quienes se detenían cerca de éstas para admirarlas.

— Con esta escasez de agua, y para evitar el consumo de energía habrán decidido colocar aquí grifos menos potentes..., susurró el compungido anciano.

Sin embargo, ella insistía amorosamente: -escucha el ruido melodioso que produce aquí el agua al subir y luego descender por el muro que hay en su interior, invitando a danzar en el fondo de la pila a esos peces rojos, amarillos y dorados que al vernos se sienten asustados.

Mientras el sol por entre las grises nubes pretendía dejar escapar sus débiles rayos de luz y calor, para mostrar como el tiempo avanza, lo cierto es que para la desesperada pareja, éste no transcurría.

De pronto, para un hombre que practicaba en su bicicleta y había decidido descansar en uno de los bancos que allí se encontraban, su tranquilidad se vio interrumpida cuando advirtió como en otro banco, una tierna anciana impotente sollozando y presa de dolor insistía en despertar a su amado viejo.

### **La niña que no reía** **Dora Delgado Caballero**

Después de ocho meses de estar sin trabajo, al fin había logrado, por concurso público de méritos, una vacante para trabajar en una institución educativa oficial; inmediata e inesperadamente también me vi envuelta en la implementación de un proyecto

en didáctica de las ciencias; todo estaba sucediendo en una forma tan rápida que los días parecían horas. La primera reflexión, tenía que ver con un hecho que hubiese impactado en mi forma de orientar la química en el aula de clase; mi mente se trasladó siete años antes al aula 608. En esta época, trabajaba en un colegio bilingüe y de categoría alta. Allí estaba Nirma, una estudiante de baja talla para su edad y respecto a sus compañeros; muy delgada, piel canela y de pelo lacio, muy corto; era muy callada, no participaba en clase, su mirada era triste, algo desconfiada, nunca reía, parecía estar nerviosa o encerrada en su propio mundo y queriendo expresar que no quería ser perturbada; cuando caminaba parecía flotar. Al mirar sus cuadernos, pude constatar que tenía letra muy legible con trazos casi perfectos; quise hablar con ella pero su mundo era impenetrable. Entonces, averigüé con su directora de curso; ella me relató que Nirma había sido adoptada cuando contaba con dos años de edad junto con su hermano de cuatro años por una pareja de astrofísicos; en el colegio se encontraba estudiando desde el kinder y ya se había notado que Nirma no reía. Había tenido muchos tratamientos y terapias pero no se había logrado mayor evolución al respecto.

Un viernes del segundo periodo del año 1997, llevé al curso 608 al laboratorio de química, se trabajaría sobre las disoluciones. Todos los estudiantes estuvieron exaltados en la charla introductoria, la mayoría de ellos plantearon muchas preguntas; Nirma no expresaba ninguna emoción ni realizó ningún cuestionamiento. Al final de la actividad, se reprodujeron viñetas impresas; se utilizó especialmente diluciones con trementina, un disolvente utilizado por los pintores. Al lunes siguiente, Nirma me llamó y, aunque se juzgue extraño, por primera vez escuché su suave voz dirigiéndose a mí.

— Profesora, por favor, observe lo que logré reproducir en mi casa.

La niña me mostraba una hermosa reproducción de la fotografía impresa en papel de alta calidad de un edificio famoso. Yo sabía que con diluciones con trementina no se conseguía ni reproducir ni obtener con tanta perfección esa fotografía, sin embargo indagué.

-Nirma, ¿cómo lo lograste?

-Utilicé un aceite que encontré en la cocina de mi casa.

Muy impresionada, seguí preguntando.

- ¿Quién te dio la idea?

-Tu misma, profesora.

Aún más sorprendida, no sabía qué decir.

- ¿Yo misma? ¿Cuándo y cómo?

-Profesora, tu explicaste en el laboratorio que la trementina es una mezcla que contiene aceites esenciales y terpenos... Entonces, pensé que podía experimentar con cuanto aceite encontrara, realicé varias pruebas y pude lograr numerosas reproducciones como esta.

Realmente, Nirma era un ser humano excepcional, a pesar de la indiferencia que mostraba, tenía una gran capacidad para comunicar, analizar información y resolver problemas; pensé: ¿cuántos estudiantes con estos atributos he ignorado? El choque emocional para mí fue rotundo y desde ese día mi visión sobre la enseñanza de las ciencias cambió, fui mucho más consciente y meticulosa en el tratamiento de los conceptos en el aula de clase y, desde luego, con los estudiantes. Esta situación influiría enormemente en mí; todo concepto que construye el docente es procesado por el estudiante, si éste es curioso e investigador, puede desarrollar nuevos significados. Hablé nuevamente con su directora de curso; le informé sobre las capacidades que poseía Nirma; ella me miraba incrédula y me relató que había averiguado que la niña había estado en un hogar de paso y había visto morir trágicamente a sus padres a los 20 meses de nacida. Al finalizar el año, ocurrió algo maravilloso, y fueron sus mismos compañeros quienes nos informaron, Nirma había empezado a sonreír.

Quise buscar a Nirma en el año 2003, debía estar cursando ya una carrera. Visité el colegio pero había cambiado su razón social y, por lo tanto, de dueños; nadie me conocía y nadie colaboró para tener alguna información de su domicilio. Casualmente, al año siguiente, una señora de 64 años que me había contratado para enseñarle química, logró contactarme para compartirme que se había acabado de graduar en la universidad y que me visitaría pronto con su nieta. Esta nieta conocía a Nirma; le indagué por ella. Nirma había muerto el año anterior a sus 17 años de un infarto de miocardio, cuando estaba estudiando artes plásticas en una de las mejores universidades del país.

## El olvido

*Fernando A Lizarazo Hernández*

Era una mañana lluviosa y fría, la niebla enrarecía el paisaje circundante al conjunto de habitaciones donde vivía Alfonso Hernández, profesor del magisterio, quien como todas las mañanas durante 42 años se alistaba para salir a su trabajo, el cual durante los últimos 18 años lo había realizado en el mismo colegio, dictando clase de química en los grados superiores; tomó su chocolate con unas galletas de soda, se puso su abrigo algo roído por el paso implacable del tiempo así como del uso constante, y se dispuso a salir, cuando encontró el comunicado de la secretaría de educación, en el que le agradecían los años de servicio al estado y le avisaban que su retiro forzoso, debía hacerse el próximo 15 de septiembre, donde lo esperaban a las 10:30 a.m. en la oficina 1102 de la secretaría, para protocolizar su retiro. Se quedó por un instante taciturno, pálido; sus ojos se humedecieron por las lágrimas, recordando las viejas luchas, cuando él dirigía el sindicato, organizaba las asambleas y las

estrategias del paro. Recordó las múltiples veces que lo detuvieron e intentaron judicializarlo; el casamiento con la compañera Martha y luego su deceso, la renuncia a la rectoría por amenaza y falta de garantías; su postulación a supervisor y finalmente su decisión de volver a las aulas.

Sacó su pañuelo e invadido de profunda soledad y tristeza, seco algunas lágrimas que ya avanzaban con rapidez por sus mejillas. -Que le vamos hacer-, pensó. Guardo la nota en el bolsillo de su abrigo y salió con paso ligero hacia el paradero del autobús, donde tomó el bus que por tantos años lo había conducido a su trabajo, logró sentarse y mientras pensaba en aquel comunicado, se durmió por algunos minutos antes de llegar a su destino. Se despertó sobresaltado a pocas cuadras de donde tenía que bajarse, timbró y se bajo con premura, encaminándose hacia el colegio, el cual quedaba mas o menos a unas dos cuadras de allí. Su paso era lento y mientras lo hacia miraba el entorno con estupor, parecía como si estuviera en una ciudad diferente. Las casas se habían convertido en edificios, la calle en una muy bonita avenida. -no podía ser, ¿qué sucedido?-. No salía de su asombro, por un momento pensó que había errado la ruta. Pero no, este era el sitio, la dirección escrita en una placa lo corroboraba; calle 168 A Bis carrera 47. Un sudor helado corrió por todo su cuerpo al llegar a la esquina y ver con asombro que en el lugar donde quedaba el colegio, había un centro comercial, muy moderno, con gran luminosidad y muchos almacenes. Siguió sin parar y al intentar cruzar la entrada un vigilante lo quiso requisar, a lo que el profe se negó dando unos pasos hacia atrás, resistiéndose a creer lo que estaba sucediendo.

Muy aturdido buscó devolverse, parecía haber perdido la razón, su mente volaba, se acordó del parque a la vuelta de la esquina y se encaminó con afán por el borde sur del centro comercial. Sintió algo de alivio al llegar a la esquina

y ver el parque que reconoció al instante aunque un poco cambiado. Pero en fin, allí estaba.

Pasaron unos cuantos minutos y observo que definitivamente el entorno era muy diferente al de los días anteriores. ¿Qué pasó?, ¿sería que la noticia del retiro forzoso lo había desequilibrado?, ¿tantos esfuerzos y años de lucha lo tendrían agotado y definitivamente afectado? ¿Qué había ocurrido? Lo cierto es que allí se encontraba, en un lugar desconocido para él, rodeado de gente que lo miraba con alguna extrañeza al pasar, solo, confundido, algo perdido. Recordó nuevamente los pasajes más significativos de su vida como una cinta de película que corre a alta velocidad. Sintió la soledad, la partida de sus hijos, la muerte de su compañera, los esfuerzos dilatados en el tiempo, las luchas perdidas y ganadas, y por último el abandono del estado, que le había pagado con un salario mediocre toda la vida y con una pensión que no había disfrutado ni él ni los suyos.

Buscó un lugar donde sentarse y encontró una silla metálica cerca de la fuente central del parque y allí descansó, medito sin afán, con una gran pesadez durante un largo rato y se durmió. Al despertar observo que un niño con su padre lo miraban detenidamente con algo de asombro.

El niño le leía a su padre una placa que aparecía al pie de la silla que decía: *«Al insigne Docente Alfonso Hernández, quien dedicó toda su vida a la formación de juventudes con gran esmero y dedicación, durante casi cuatro décadas en el magisterio del Distrito Capital. Septiembre 8 de 1996. Sindicato del Magisterio.»* El niño preguntó: ¿papá el abuelo murió feliz?, el papá le respondió: hace casi ya diez años que murió tu abuelo, el mismo día en que le notificaron su retiro forzoso de la docencia. Posiblemente el dolor y la pena lo mataron.

## Cómo se vive en la escuela

*Gloria Sicuamía*

¿Qué es estar en la escuela?, es llegar todos los días a las 6:30 a.m., con las mejillas rosadas, manos congeladas, cuerpo impregnado del profundo frió helado Bogotano. Las profesoras reciben el saludo del día, para lo cual se inclinan con gran entusiasmo, pues les espera un beso nublado con cariño de aquellos chicos que ingresan con tiempo; de los que entran de prisa porque les atrapo el sueño, solo reciben un ¡hola profe!

Ya a las 6:45 a.m. entran al salón 303, los que han llegado tarde, David observa a sus compañeros con una mirada desafiante, y dice: ¡Que hubo cuchal, luego se ubica en una mesa en donde queda solo, allí lanza la maleta sobre una silla que esta ubicada a su izquierda. Atrás de David está Alfredo un Samario que llego hace tres años a Bogotá desplazado, pues le han matado a su padre, eso es lo que cuenta la mamá de Alfredo a la profesora.

Transcurren los días en la escuela, las horas del descanso son inaguantables, pues Alfredo y David comienzan a correr por el estrecho patio de la escuela, quitan las moñas, a las niñas, pelean con los niños de otros cursos pues son los boxeadores de la escuela, tienen espectadores a su alrededor, quienes gritan ¡bien, bien, déle, déle duro! Después al subir al salón 303 todos comentan lo ocurrido en el patio, se escucha el chisme, Catalina se dirige a la mesa de la profesora diciéndole: ¡profe, si supo Alfredo se agarro a puños con Yecid!, y todos los de los otros cursos les hicieron barra para que se dieran mas duro, hasta que Alfredo le rompió las narices a Yecid el del otro tercero.

La profesora dice: Bueno, bueno todos a sus lugares se ubican, cuando ya están en silencio, la profesora pregunta ¿Qué paso en el patio Alfredo?, el niño se pone de pie y le dice: Yecid desde ayer me la viene buscando, porque cuando

salimos de la escuela se me fue detrás y me mando a sus amigos para que me dieran, y mire, mire como me volvieron (su cuerpo tiene cicatrices, rasguños), entonces hoy le di por todo lo que mi hizo ayer. En ese instante interviene David quien argumenta: ¡sí, sí, bien hecho que le dio, porque sino se la siguen montando!, todos los del curso comienzan a burlarse, la profesora pide silencio, y le dice : Alfredo tráeme tu agenda escolar el se rehúsa al principio pero luego, se inclina a donde esta la maleta y saca su agenda, se acerca a la profesora y le lanza la agenda sobre el escritorio, ella lo mira con cierta tristeza, abre la agenda y escribe: Abril 30 del 2007 , mamá el próximo 2 de mayo debe venir a la escuela a las 6:30 a.m. con su hijo, pues nuevamente a incurrido en violentar físicamente a otro estudiante, problema que ya trasciende a la salida de la escuela, es urgente que venga. Atentamente profesora Adelaida. Ella se pone de pie, se dirige hasta la mesa de Alfredo y le entrega la agenda, el se la recibe haciendo gestos de tristeza, la abre y silabea la nota que la profesora le escribió.

Continúan resolviendo algunos problemas de matemáticas y se pasa tan rápido el tiempo que ya es la hora de ir a casa, todos los estudiantes del salón 303 guardan sus lapiceros, cuadernos, botan a la basura la punta que han sacado, se despiden de la profe algunos lo hacen con un beso en la mejilla, otros le hacen gestos de ¡adiós!, y otros salen tan rápido que ni se despiden.

## **La casa embrujada** *Irma Gómez Bautista*

Mamá me despierta y dice que ya es hora de salir para el colegio. Abro los ojos y aparecen borrosos como por entre un velo el humedecido y escarapelado cielo raso, las paredes sucias que algún día tuvieron pintura verde clara, el cuerpo envuelto en las cobijas de mi padastro, el pelo revolcado, el

vestido fucsia con flores amarillas y negras de mamá. Siempre me ha costado levantarme temprano para ir al colegio, casi no me gusta ir, pero últimamente sí. Porque de unos días para acá no he dormido pensando en Gilbert Stewart el hermano de Sirley Magali. Cuando me acuesto y tengo los ojos abiertos no pasa nada, pero si los cierro lo veo que se acerca y empieza a sonreírme y a decir cosas que no entiendo o no oigo. Entonces siento que unas cosquillas me corren por todo el cuerpo y tengo que voltearme para un lado y luego para el otro, esto es lo que me desvela. Claro que no la paso mal, al contrario, me alegra mucho que se acerque a mi cama, aunque no sea sino en sueños.

Me levanto, salgo al patio apresurada. Me angustia encontrar mucha gente para bañarse que tenga que hacer cola y no llegue a tiempo al colegio. Ahora quiero llegar temprano, pero solamente para ver a Gilbert Stewart cuando acompaña a Sirley Magali hasta la puerta del colegio. Me pongo la falda del uniforme y la aliso con la mano, pues esta medio arrugada, no quiero que cuando me encuentre con él me vea fea. Lo he visto varias veces en misa los domingos cuando el padre de la iglesia de San Bernardo repite que a permanecido por espacio de veinte años y cuatro meses en la parroquia del barrio salvando almas, en el parque cuando sale a jugar fútbol toda la tarde con los amigos, en la tienda de la esquina cuando va hacer mandados, pero nunca hemos hablado y tengo muchas ganas de verlo muy cerca. Le doy un beso a mamá. Salgo de casa esquivando las carretas que han dejado los recicladores en la puerta a la madrugada después de su labor diaria. En la calle esta haciendo mucho frío como los días anteriores y una llovizna pertinaz que moja y deja en el piso charcos que se confunden con los orines, esquivar las moscas con las mano y saltar por encima de los indigentes que duermen en los quicios de las puertas. Llego al colegio. Todavía no suena el timbre y busco a Sirley Magali, le pregunto a Juan, a quien ya había castigado la rectora por levantarle la falda a las niñas que

pasaban por su lado, y dice que no. La espero al pie de la reja mirando hacia la sexta por donde debe llegar. No vienen y el timbre suena por segunda vez, es el aviso para entrar a los salones. Me quedo otro rato pero viene la rectora y decido entrar antes de que me regañe. Me siento en el pupitre y cuando la profesora empieza la clase llega Sirley. La interrogo con los ojos y ella me muestra la palma de la mano diciéndome que espere, sabe que me gusta su hermano, yo se lo dije un día, y también que quería hablarle y estar cerca de él. Pregunto si alguien vio a Sirley que si él también quiere hablar, conmigo pero nunca me trae una razón concreta. Me contesta que todavía no se puede, que hay que esperar. La profesora de sociales abre el libro y dice que vamos a hablar sobre la monarquía española que copiemos lo que ella va dictando. Lo hace con voz pausada y si Sirley no me trae bien la razón soy capaz de mechonarla porque no me esta gustando mucho eso de no dormir, la profesora dicta sin detenerse un momento, como si uno alcanzara a copiar tan rápido, como me gustaría que nos la contara como Diana Uribe la de la radio que nos puso a escuchar el profesor el año pasado, soy capaz de ir yo misma a su casa, decirle que todas las noches sueño con él, preguntarle si también el ha soñado conmigo, así todo quedaría bien y se acabarían los escalofríos la voz de la profesora se va haciendo más monótona y más rápida, porque solamente cuando uno tiene frío o cuando esta enferma siente esas cosquillas como escalofríos, pero me palpo la frente y siento que no tengo calentura y el frío es solo cuando me baño en la mañana y el agua esta helada. La profe suspende el dictado seguro se dio cuenta que yo no estaba copiando porque me mira me señala y dice:

-Usted dígame en donde se asentó la dinastía Borbón-

Siento como si me hubiera acercado a la estufa cuando la prendo para calentar el almuerzo y la cara me arde de calor, empiezo a sudar. Como no contesto la profe levanta la cabeza y golpea sus manos como aplaudiendo para afamarme. Pienso

un rato y los demás se quedan mirándome y empiezan a reírse.

«En la casa de la casa embrujada», susurra Sirley Magali. Los ojos de la profesora se cierran, se pasa la mano derecha por la frente y con la otra golpea su pierna. «No entiende la importancia de la monarquía», dice, y agrega «ni siquiera pone atención a lo que esta escribiendo». Y es verdad. Nunca he podido entender las cosas que dice la profesora porque las dicta del libro que no dice nada nuevo ni agradable.

Salimos al descanso y me voy detrás de Sirley para que me diga algo sobre Gilbert Stewar pero me dice que la mamá lo tiene castigado porque anda con malas amistades y no quiere estudiar ni hacer nada, solo quedarse con los amigos en la calle. «Pero mañana es sábado y no venimos al colegio, podemos vernos en el parque después del almuerzo.

Toda la mañana la paso pensando únicamente en él. El timbre suena todos y todas nos lanzamos a la puerta. Corro hacia la casa, esta haciendo calor y hay mucha gente no quiero ver ni saludar a nadie. Llego, caliente el almuerzo, al rato llega mi mamá le sirvo me dice que lave el uniforme porque mañana sábado vamos a donde mi abuelita me asusto mucho por la cita que tengo con Sirley para ver a Gilbert y le digo que no, tengo muchas tareas.

Tiro los cuadernos y los libros sobre la cama. En uno de los libros hay unos hombres con barbas largas, así debe ser el ogro que nos cuenta el viejo que recicla cerca del colegio, guardo los libros y me acuesto.

Es sábado, el día amanece más frío que el de ayer. Me levanto, voy la baño, cuando el agua cae por mis carnes siento que las cosquillas vuelven que mi cuerpo se aprieta y que estoy en el aire. Salgo, corro a vestirme y a esperar que pase el almuerzo para encontrarme con Magali. Voy al parque pero Sirley Magali no esta. Empiezo a preocuparme pero creo que se demora porque va a venir con Gilbert Stewart. Siento que me cogen por detrás y me volteo y es ella paro no esta con el. Se ríe y me pregunta si me asuste. Le digo que no.

-Hoy tampoco se pudo -dice-, puede que la próxima semana. Me quedo callada y me dan ganas de llorar y de pegarle bien fuerte, tengo tanta rabia que no quiero escucharla, ella me dice que tiene que ir a hacer una cosa.

-¿A dónde vas?

-A la luna- contesta y se marcha riéndose.

Ella es más grande que yo y por eso no me lleva a muchas partes. Regreso a casa mamá dice que si quiero ir al parque. Le digo que si y me hago la que estoy contenta, pero en verdad lo estoy un poco porque después de pensar en Gilbert Stewart lo que mas me gusta es ir al parque.

En el parque me encuentro con Sirley y su hermano. Trato de convencerme que es Gilbert Stewart el que esta a mi lado, olvido todo lo que sufrí y el trabajo que me costo y ahora me parece más fácil. Ellos me miran y se ríen, nos quedamos un momento en silencio el dice que vallamos a caminar me invita que me suba al columpio para mecarme. Los pájaros se deslizan por el aire mientras nosotros nos mesemos. Luego nos bajamos, corremos cogidos de la mano el me pregunta que si yo también se hacer cosquillas como su hermana. En mi cabeza queda estampada su risita que no tenerlo cerca a mí entiendo, me quedo callada. Me dice que mejor vamos a la casa embrujada.

Sirley Magali dice que vayamos los dos que ella nos espera. Subimos. Caminamos sin hablar él me mira mucho y se ríe sin que se le oiga. Llegamos a la casa embrujada. Es una casa grande de ladrillos oscurecidos, sin puertas y con un montón de piezas donde no vive nadie son las que se están demoliendo en el cartucho. Entramos despacio muy pegados el uno al otro. Yo creo que esta noche si voy a poder dormir aunque ahora esté sintiendo cosquillas que parecen escalofríos y que me aprietan el cuerpo. Entramos y todo estaba oscuro. Gilbert se pega a mí. Sentimos un grito, nos agarramos bien y temblamos. Salimos corriendo de la casa, bajamos rápido como si fuéramos volando sin voltear la cabeza y llegamos hasta

donde se encontraba Sirley. Ella nos pregunta por qué no nos demoramos. Le contestamos que oímos gritar a las brujas. Magali se ríe y dice que no seamos bobos que esos son los perros que ladran en las otras casas desocupadas. Lo de las brujas son puros cuentos, agrega, nos pregunta que si no hicimos nada. Gilbert hace «ji,»»ji», y mueve la cabeza de un lado a otro. Ella se pone seria y empezó a caminar. Me pregunta por qué no hice con Gilbert Stewart lo que ella me enseñó. Llegamos al centro del parque y Gilbert también estaba serio. El cielo se estaba poniendo rojo y nos despedimos. Entro a mi casa y después de comer me acuesto. Creí que las cosquillas que me estiran el cuerpo iban a desaparecer, pero no. Ahora se han convertido en una cosa rara que me calienta la carne. Todo se me presenta sin importancia y no se si seguir pensando en Gilbert Stewart el hermano de Magali, o ponerme a leer lo de historia a ver si le encuentro sabor al colegio y se me quitan los escalofríos para poder dormir.

## **El rebusque de los sueños**

**Luz Mary Barrero**

Una mujer pequeña, de piel curtida por el aire y el sol, vestía una falda oscura, una blusa de flores y unos zapatos de lona viejos. El atuendo lo complementaba una especie de delantal con grandes bolsillos y un trapo desteñido en la cabeza cubierto por un sombrero. En su cara rubicunda brillaba casi siempre una sonrisa desdentada.

— A quinientos, a quinientos, lleven la guayaba, lleven el tomate, mire la curuba... ¿No me va a llevar la piña?

Y todas las noches como de costumbre, después de las 10:00, la noche, su única cómplice, la acompañaba en la faena de amarrar su carreta con plásticos y cabuyas.

— ¿Cómo le va?

— Y hoy ¿no me lleva nada?

— No, en la casa todavía queda algo. Hasta mañana.

— Hasta mañana.

Y así, lentamente, empujaba su improvisado carruaje, único patrimonio para la manutención de sus hijos. Y también lentamente, como queriendo dejar su huella marcada en el polvo de la calle, llegaba cansada hasta el parqueadero de las mulas de carga y los buses de transporte urbano, acomodando en un oscuro rincón su carreta, con los productos de segunda —que le habían sobrado del día— bien cubiertos y amarrados. Así terminaba cada día su ardua labor que empezaba después del medio día, cuando perezosamente y a diario, sacaba los cajones y la carreta, para deslizarlos hasta la esquina y acomodar los alimentos, para ofrecerlos al transeúnte, bajo el sol quemante, o bajo la lluvia implacable o a través de la nube de polvo que levantaba el viento travieso al pasar.

— ¿Qué tal?

— No, esto está más malo. Y tengo que comprarle unos cuadernos al chino *pa'l* estudio. Pero *nué* hecho nada.

— Hay que tener paciencia.

Así se confundía con los otros vendedores de hortalizas, plátanos, aguacates y demás. De vez en cuando se tomaba una cerveza, para mitigar la sed y el aburrimiento. O se sentaba a la orilla del andén para arreglar la cebolla. De esta forma transcurría el día, y poco a poco los demás se iban, hasta que sólo quedaba ella, alumbrada por la luna y la luz artificial del poste.

Allí, de pie, esperaba a los compradores nocturnos que llegaban con su cansancio auestas, de un día fatigante de trabajo y de estudio; los noctámbulos vencedores de incruentas batallas contra los párpados cerrados de cansancio y sopor. Ella, la mujer del rebusque diario, ofreciendo noche a noche sus vituallas, recordando a los rebuscadores de sueños y mejores oportunidades, su propio rebusque.

La tarde grisácea, de presagiosa lluvia, la calle ahora desolada, sólo tenía como habitante el polvo. En una esquina

una carreta volteada y por el suelo esparcidas las papayas, los limones y las cebollas en una colorida mezcla desafortunada. Al lado un camión verde oliva, atiborrado de carretas y comestibles. En el andén una ininteligible algarabía de hombres y mujeres acompañada de los gritos de un pequeño, que asomaba su cabeza por el agujero de un guacal desocupado, reclamaba lo suyo sin esperanza. Emergió de repente la pequeña mujer, aprisionada del brazo por un policía, que la subió a tiempo para saltar él y ponerse en marcha el automotor. Pronto se rompió la algarabía, alargándose detrás del camión, quedando solo, frutos aplastados, pedazos de madera y ruedas sueltas.

Y al volver la noche... la calle vacía... callada, sin los gritos de oferta rompiendo el silencio. Con el sinsentido de la vida vacía. En el silencio de los chinos sin libros, sin pan, con el sinsabor amargo de la impotencia.

## **Destino final**

***Guillermo Enrique Palencia Mendoza***

Al despertarse, el destino había dado un golpe de su aguja, el llanto era hondo y cruel, no había más espera, pues en ciertas clínicas la vida era un azar o una condena. Ella ya no podía arrepentirse, en las cloacas de la ciudad algo de su existencia se iba perdiendo.

EL CUENTO  
DE  
LA POESÍA  
LA POESÍA  
DEL  
CUENTO



CASA DE POESÍA S/A